

In(ter)dependencia. Del bienestar a la dignidad

Txetxu Ausín y Roberto R. Aramayo
Instituto de Filosofía, CSIC

No cabe duda de que los avances sociales y sanitarios logrados durante el siglo XX y el desarrollo de la salud pública, al menos en el primer mundo, junto con la mejora de las condiciones de salubridad en los hogares y el llamado «Estado del bienestar», los grandes descubrimientos de la química y las nuevas generaciones de medicamentos, han sido factores determinantes que han influido en el aumento de la esperanza de vida en los países ricos. Pero es el avance actual de técnicas de investigación como la medicina regenerativa, que se fundamenta en el reemplazo de células enfermas por células totipotentes que pueden generar un nuevo tejido, la nanomedicina, que busca crear nuevos medicamentos, músculos artificiales y determinar reacciones químicas a escala minúscula, o la investigación genética y el desarrollo de fármacos a la carta y personalizados, lo que están situando al ser humano de los países desarrollados en el umbral de la inmortalidad. Como decía irónicamente el catedrático de la Universidad de Manchester John Harris, en un Curso de Verano de la UPV/EHU, «morir sería opcional» claro está, para quien pudiera acceder a esos desarrollos biomédicos. Por su parte, el escritor y científico australiano Karl Kruszelnicki, nuevo «gurú de la inmortalidad», afirma en su libro *Flying lasers, Robofish and Cities of Slime* que mucha gente hoy viva podría ser la primera generación de inmortales o la última de mortales. Pareciera así que el mito de la búsqueda de la vida eterna, que desde siempre ha ocupado al ser humano, estaría en vías de consecución. Tremendo problema que también describe de modo sarcástico José Saramago en su novela *Las intermitencias de la muerte*, donde narra el caos que se produciría si la muerte de-

cidiese dejar de matar. Frente al anhelo de la vida eterna, los habitantes del lugar se muestran desconcertados y protestan airadamente. Con ironía, Saramago describe la inmortalidad como fuente de problemas: las residencias de ancianos están a rebosar, los enfermos terminales, moribundos y accidentados quedan condenados a vivir postergados en esa situación, la Iglesia entra en crisis porque sin muerte no hay resurrección y por lo tanto su negocio entra en bancarrota, etc.

Todo este avance biomédico nos enfrenta, en definitiva, a una vida prolongada, donde la vejez ocupará gran parte de nuestro devenir, con el consiguiente impacto de dependencia y vulnerabilidad, así como las consecuencias sociales y económicas que ello comporta. En este sentido es muy ilustrativo el reciente estudio dirigido por la profesora Montserrat Guillén Estany (*Longevidad y dependencia en España*, Fundación BBVA, 2006), donde el envejecimiento demográfico de la población española, debido a una elevada tasa de longevidad y una baja natalidad, se cuantifica en términos económicos relativos a las situaciones de discapacidad asociadas a la vejez. A este respecto, la socióloga María Ángeles Durán decía en una reciente entrevista que nos enfrentamos a: «una sociedad con muchas enfermedades, con mucha gente solitaria, con un problema constante de quién va a pagar los gastos médicos y de cuidados... Llevamos mucho tiempo hablando de la vejez y del envejecimiento, pero todavía no ha calado en nosotros la revolución que significa ser una sociedad vieja. Por llevarlo a otros terrenos, como la estética: todavía no hemos inventado una estética de la vejez, y pasamos muchos más años siendo viejos que siendo jóvenes. Nos tenemos que inventar la tercera edad, porque viviremos más años como viejos que como jóvenes. Si eres viejo a partir de los 65 y te vas a morir dentro de nada con 100, pasaremos 35 años como viejos. En cambio, si empiezas a ser joven a los 18, no tienes 35 años de juventud por delante».

En definitiva, la vejez, como otras muchísimas situaciones de nuestra vida, constituye un ejemplo más del carácter ineludiblemente interdependiente de las relaciones humanas. El filósofo moral Alasdair MacIntyre enfatizaba el hecho de que somos animales racionales y dependientes, vulnerables a una gran cantidad de aflicciones diversas y subrayaba que la mayoría padecemos alguna enfermedad grave en algún momento de nuestra vida. La manera de afrontar esa circunstancia sólo la controlamos nosotros en una escasa medida y lo habitual es que aumente nuestra dependencia de los demás. Los conceptos de dependencia y vulnerabilidad como fundamento para comprender la condición humana han sido analizados por pensadores tan dispares como Adorno, Lévinas, Habermas o Hart. Para este último la vulnerabilidad es el telón de fondo del derecho, de la regulación de las ac-

tividades humanas en normas e instituciones sociales. Igualmente, la autonomía de un individuo *depende* de la relación con otros, no sólo porque todo el mundo necesita el apoyo de los demás en el desarrollo y realización de sus deseos, sino también porque a veces *depende* de otros incluso para la expresión de esos deseos. En definitiva, la *interdependencia* es el estado que mejor nos caracteriza en cuanto miembros de una comunidad social, como bien dice Javier Echeverría: «La *interdependencia* es un valor procedente de las relaciones humanas mismas. Ningún ser humano es, ni ha sido, uno, independiente, soberano, autodeterminado, etc. Dependemos estrictamente de los demás, y no sólo de nuestra familia cuando somos pequeños, sino a lo largo de toda nuestra vida. En lugar de pensarnos como soberanos y autónomos conviene que tengamos en cuenta cuántas formas de heteronomía aceptamos cotidianamente. Siendo la cooperación, la interdependencia y la pluralidad de valores constitutivos de las relaciones humanas, merecería la pena proyectar dichos valores a las relaciones sociales en general, afirmándolos como fundamentales» (*Isegoría. Revista de filosofía moral y política* 19 [1998], p. 246).

En este contexto se planteó el *II Encuentro Moral, Ciencia y Sociedad en la Europa del siglo XXI*: «In(ter)Dependencia. El bienestar como requisito de la dignidad», que tuvo lugar los días 15 y 16 de marzo de 2007 en San Sebastián (www.ifs.csic.es/ConSem/sansebastian2007). Se trataba de reflexionar acerca de la vejez y sus circunstancias, de meditar en torno al dolor innecesario y las cuestiones relacionadas con la muerte y la vida prolongada. En este marco, está muy bien definir la «dignidad» formalmente, como hace Kant cuando afirma que las personas tienen *dignidad* y no *precio*, puesto que poseen un valor absoluto al ser fines en sí mismos (cf. *Fundamentación*: Ak. IV, 434-435), pero es evidente que tal definición resulta insuficiente y que la dignidad requiere ciertas condiciones para merecer ese nombre, un mínimo bienestar material que sirva de dique a la menesterosidad y al sufrimiento, sobre todo en momentos de crisis, como es el caso de una enfermedad irreversible o que conlleva un grave deterioro físico. Una dignidad, como recuerda Martha Nussbaum en su último libro (*Las fronteras de la justicia*), que parte de la concepción aristotélica del ser humano como una criatura necesitada de una pluralidad de actividades vitales, incluida la necesidad de asistencia, reconociendo que somos animales temporales y menesterosos, que nacemos siendo bebés y terminamos con frecuencia en otras formas de dependencia, que somos vulnerables y dependientes en definitiva.

Algunos ejemplos de los temas que se trataron en este segundo encuentro y que se recogen en este volumen son la eutanasia, el impacto de las

nuevas tecnologías en la salud, la reflexión bioética o literaria sobre la muerte y el dolor, el significativo incremento de la longevidad y lo que María Ángeles Durán ha dado en llamar «derechos de salida», las claves del Estado de bienestar en Europa o la mal denominada Ley de Dependencia, promulgada en España en 2007, cuya misión sería justamente fomentar, no tanto la independencia, como la *interdependencia*.

El total del Encuentro fue grabado y editado en 4 DVDs, recogiendo las conferencias, las mesas redondas y los intensos debates que tuvieron lugar. Tanto dicha grabación como el libro que tienen entre las manos, que recoge algunas de las ponencias invitadas y otras comunicaciones enviadas al simposio, no habrían podido ver la luz sin el generoso apoyo de la Fundación BBVA.

TXETXU AUSÍN Y ROBERTO R. ARAMAYO
Primavera de 2008